

COMENTARIO DEL LIBRO LAS MANCHAS DEL JAGUAR

*Carmen Murillo Chaverri**

Nos ocupa en esta oportunidad uno de esos libros necesarios, de esos que serán en adelante punto de referencia obligado para todo aquel que se interese por encontrar sentido a la realidad sociocultural costarricense pasada y contemporánea. Se trata de un texto interesante, de esos que en los recodos de cada página esconden relatos que asombran. Cabe advertir sin embargo, que los asombros no emanan de la lejanía y exotismo de los hechos relatados, sino más bien afloran de la cercanía pasmosa en el tiempo y en el espacio, con que el lector —especialmente el habitante del Valle Central— reconoce su vínculo con el universo indígena.

El libro de Eugenia Ibarra Rojas, *Las Manchas del Jaguar*, se encuentra cruzado de principio a fin, por la búsqueda de una interpretación histórica y antropológica de las razones que sustentan la presencia y la desaparición del indígena en el Valle Central, principalmente en torno a la ciudad de Cartago, durante los diferentes momentos de la

* Departamento de Antropología. Universidad de Costa Rica.
Junio 1999

Colonia y la vida republicana. Se impone la autora una tarea ardua, donde el esfuerzo de síntesis requerido choca en ocasiones con insalvables lagunas de información y en donde se opta por la perspectiva de la larga duración como clave para acceder al análisis de la lógica histórica que aporta sentido a las persistencias y transformaciones vividas por dichas poblaciones indígenas.

Con el mérito indiscutible de referir en palabras sencillas, procesos socioculturales complejos, el libro tiene una vocación educativa por excelencia. Esta característica dice mucho de la intención de la autora por acercarse a compartir sus hallazgos con un público amplio, a la vez que confirma el compromiso social de la Editorial de la Universidad de Costa Rica, que se esmeró por ofrecer un texto muy agradable en su formato e ilustraciones.

Un aporte especialmente significativo sobre el cual se insiste en esta obra, es el esfuerzo por revertir la invisibilidad histórica del indio. Esto significa nadar contra corriente de tradiciones historiográficas y nacionalistas de épocas pasadas –y a veces contemporáneas–, que han tratado de negar la presencia y herencia indígenas, al insistir en tesis como su escaso número, su eliminación física casi completa y su nulo aporte a la construcción nacional cimentada en los mejores valores occidentales de civilización y progreso. Visiones como estas han llegado incluso a propiciar un proceso de extrañamiento hacia el indio, al señalarlo como un “otro cultural” con el cual es posible contrastar y validar un “nosotros” nacional.

De ahí que el esfuerzo de Eugenia Ibarra por visibilizar al indígena, parte de la premisa de concebirle como sujeto histórico. En esta línea de análisis, la autora insiste en la necesidad de entender toda acción de los indígenas, acompañada de pensamientos, actitudes, costumbres y creencias que se enmarcaron dentro de la cosmovisión dominante. De esta forma, nos propone comprender la historia indígena, superando esa forma simple de ver el proceso como una resta permanente de elementos culturales que van siendo eliminados vertical e inexorablemente a merced del proceso de dominación.

Sin negar, ni mucho menos, las condiciones de subordinación y explotación a que se ven sometidos los indígenas a lo largo de la historia, el análisis de Ibarra insiste más bien en el papel de estos ante el cambio cultural y social. Es claro que se dieron estrategias de dominación directamente enderezadas hacia el control de las poblaciones indígenas —las encomiendas, el tributo, las doctrinas, etc.— pero es cierto también que existieron márgenes de manobra que les permitieron a los indios evadir, ignorar, boicotear, negociar, tomar ventaja o aceptar estratégicamente dicho control. Son las armas de los débiles, al decir de James Scott. La atención a dichos aspectos amerita un análisis más agudo de la fuente histórica, dado que esta suele guardar silencios al respecto, o a lo sumo, conservar sutiles trazas que solo se descubren a los ojos del investigador avezado.

Siguiendo este faro metodológico, el texto va construyendo a lo largo de cinco siglos, toda una trama de estrategias de sobrevivencia cultural que explican el por qué de la persistencia india en el Valle Central hasta fechas muy recientes, a pesar de los pesares que los acompañaron durante todo ese tiempo. Se trata de un juego complejo de estrategias heterogéneas que varían su énfasis según el contexto en que se inscriben. La apropiación de costumbres, creencias y tradiciones lingüísticas o religiosas por parte del indio, tanto como sus prácticas “subterráneas” —tomar chicha, pasar informaciones estratégicas o practicar sus rituales, por ejemplo—, se convierten desde esta perspectiva analítica en fichas que los indígenas mueven en el juego, tratando de sobrevivir a la situación, y si es posible, tomar ventaja de ella. Citemos solamente un caso en el siglo XVII, en donde los moradores de los pueblos de indios, —ordenamiento colonial— se sienten perjudicados con el ganado de los españoles que se metía a sus terrenos y destrozaba sus siembras de maíz —tradición indígena— ; ante la situación forjan hierro —al estilo artesanal europeo como se les había enseñado— para producir puntas de flecha con las cuales “alancean” los ganados, en la mejor tradición indígena de cacería. El ejemplo anterior nos permite evidenciar el manejo estratégico de la cultura por los indígenas.

A situaciones como las relatadas nos referimos al señalar la potencialidad analítica de un enfoque que se niega a aceptar la tan subrayada pasividad y resignación indígena ante tanta y tanta desgracia; y que por el contrario, se empeña en ir al encuentro de sus acciones, de sus pactos, de sus mañas, de sus sueños. En el nombre de María González, mi tatarabuela, india chola de Cot de Cartago, quiero dar a Eugenia las gracias por este esfuerzo académico, que redimensiona el papel histórico indígena en el Valle Central.

Otro aspecto de este trabajo que merece atención es el uso de la memoria como estrategia de sobrevivencia cultural. Cuando se alude a la historia de San José Cabécar, los indígenas relatan que *Sibu*, por su propio deseo, accedió a ser llevado por los españoles desde el Alto Coen, donde vivía, hasta Orosi, donde desde entonces los españoles le dieron el nombre de San José. Recordemos que San José es el santo patrono que indios y españoles adoran en la Iglesia de Orosi. Esta versión de historia contrasta con la otra versión, que señala que ante la despoblación de Orosi en la segunda mitad del siglo XVIII, las autoridades coloniales y los misioneros franciscanos recurrieron a la tristemente célebre correría de indios en Talamanca, con miras a conseguir un número significativo de "indios de la montaña" —en este caso cabécares— con los cuales repoblar tales parajes. Se trata de dos maneras de interpretar lo acontecido: una hace alusión a la voluntad de aceptar un cambio de morada y a la astucia de ser reconocido y adorado tras la imagen del santo católico; la otra señala la forma en que este grupo de indígenas fue doblegado y puesto al servicio de los intereses coloniales. ¿Cuál versión será la cierta? Ambas, sin lugar a dudas, dado que se trata de lecturas distintas, desde posiciones distintas, para fines distintos, de un mismo tramo histórico.

Lecturas históricas como la anterior, me permiten fundamentar la excitativa que hago a la autora para ampliar los horizontes de la etnohistoria, a efectos de entenderla ya no solamente como "la reconstrucción de las sociedades indígenas al momento del contacto con los españoles"(p.23), sino en una perspectiva más amplia, como las versiones de memoria histórica que son elaboradas en el seno de grupos

sociales, a manera de síntesis entre la auto-imagen y la imagen que otros grupos les asignan desde las fronteras del grupo; dicha memoria histórica puede constituirse en recurso a disposición del grupo para fijar su posición social ante otros.

Otro aspecto de este estudio que resulta menester resaltar, es el relativo a los indígenas como heterogeneidad. Esto significa reconocer sus diversas adscripciones étnicas, sus antagonismos y lealtades a veces fundadas en dicha etnicidad, los grados diferentes de exposición a la explotación colonial y de acomodo a este sistema, su vulnerabilidad y estrategias según género, su condición de "leales" o "infieles", su papel como cholos de pueblo o indios de las montañas, su exclusión o participación en circuitos clandestinos de información y resistencia abierta, etc. Toda esta gran variedad de situaciones torna imperativa la superación de un concepto homogéneo de indio, útil sin duda desde el punto de vista de ciertos intereses ideológicos, aunque claramente insuficiente si se trata de explorar la correcta dimensión histórica de las poblaciones indígenas en el país, desde épocas precolombinas hasta el momento actual.

Deseo cerrar este comentario haciendo alusión al mito con que la autora abre el libro. Se trata del mito —o de la historia, como prefieren llamarle los talamanqueños actuales— que relata acerca de un tiempo, hace mucho tiempo, cuando el sol aún no había aparecido y las piedras eran suaves como el lodo. En ese entonces *Suik*, un ser mítico, emprende un viaje junto con los monos, los cerdos de monte y un jaguar, para encontrar un lugar en donde vivir. Luego de cruzar la cordillera de Talamanca hacia el Pacífico, el hombre muere, los monos se transforman en los Terrabas, los cerdos de monte se transforman en los Borucas y el jaguar, al ver venir la aurora, estampa la huella de su garra en una gran piedra en la sabana de Terraba, para luego ocultarse en la cordillera de Boruca, en donde está hoy día.

Encuentro una gran cercanía entre esta historia y la historia que nos cuenta el libro *Las Manchas del Jaguar*. Por una parte, atiende la trayectoria seguida y las transformaciones múltiples experimentadas por las poblaciones y las identidades indígenas. Por otra parte, la autora misma

adopta la estrategia del jaguar, al deslizarse sigilosa entre documentos, entre mitos antiguos y actuales, oteando parajes, leyendo entre líneas... También nos hace un recordatorio sumamente importante, cual es que nuestra historia, aunque en ocasiones brinde la apariencia de ser tan sólida como la roca, puede ser también suave como el barro y es posible dejar huella en ella. Los indígenas del Valle Central marcaron muchas veces esa huella a lo largo de cinco siglos de vida colonial y republicana y hoy debemos reconocer al tesonero trabajo de Eugenia Ibarra el haber hecho aflorar esas huellas, al anudar varios cabos sueltos, para brindarnos una historia significativa para los indígenas de ayer y de hoy, así como para los costarricenses en general. Somos hijos de tigre, de ahí que, hallamos nacido o no con "comal" en la rabadilla, de todas maneras, salimos pintados.